

Un culto a la ignorancia

Es difícil discrepar con esa antigua justificación de la prensa libre: “El derecho a saber en Estados Unidos”. Parece casi cruel preguntar, ingenuamente “¿El derecho a saber qué, por favor? ¿Ciencias? ¿Matemáticas? ¿Economía? ¿Idiomas?”

Ninguna de las anteriores, por supuesto. De hecho, uno podría bien suponer que la creencia popular es que los estadounidenses están mejor sin ninguna de esas menudencias.

Hay un culto a la ignorancia en Estados Unidos y siempre lo ha habido. La tensión del anti-intelectualismo ha sido una amenaza constante haciéndose camino a través de nuestra vida política y cultural, nutrida por la falsa noción de que la democracia equivale a decir que “mi ignorancia es tan buena como tu saber”.

Los políticos se han esforzado rutinariamente en hablar la lengua de Shakespeare y Milton, tan antigramatical como posiblemente, con el objetivo de evitar ofender a sus audiencias aparentando que han ido a la escuela. Así, [Adlai Stevenson](#), que incautamente dejó entrever cierta cultura e inteligencia en sus discursos, vio como el rebaño de los estadounidenses afluía hacia un candidato a la presidencia que inventó su particular versión de la lengua inglesa y que, desde entonces, no da tregua a los cómicos que lo imitan.

En sus discursos, entre los principales objetivos de [George Wallace](#) estaba apuntar contra los “pedantes profesores intelectuales”, y con qué rugido de aprobación esa frase era siempre acogida por su pedante audiencia.

Boca a boca: ahora tenemos un nuevo eslogan de parte de los oscurantistas: “¡No confíes en los expertos!” 10 años atrás era “¡No confíes en nadie mayor de 30 años!” Pero los que aireaban tal consigna vieron que la alquimia inevitable del calendario los acabó convirtiendo a ellos en esos mismos treintañeros indignos de confianza, y parece que decidieron no volver a cometer ese error jamás. “No confíes en los expertos” es absolutamente seguro. Nada, ni el paso del tiempo ni la exposición a la información, convertirá a estos comentaristas en expertos en cualquier tema que pueda ser útil.

También tenemos una palabra de moda (buzzword) para todos aquellos que admiran el conocimiento, ser competente, las habilidades y el aprendizaje. Estas personas son llamadas “elitistas”. Esa es la palabra de moda más graciosa jamás inventada porque la gente que no es miembro de la élite intelectual no sabe qué es un “elitista”, ni siquiera cómo pronunciar la palabra. Tan pronto como alguien grita “elitista” queda claro que él o ella es un elitista que se siente culpable por haber ido a la escuela.

Está bien, mejor olvidemos mi ingenua pregunta. El derecho a saber en Estados Unidos no incluye el conocimiento de temas elitistas. El derecho a saber en Estados Unidos es más bien sobre algo que vagamente se podría llamar “qué es lo que está pasando”. Estados Unidos tiene el derecho a saber “qué está pasando” en los tribunales, en el Congreso, en la Casa Blanca, en los consejos industriales, en las agencias regulatorias, en los sindicatos, en las sillas de los poderosos, generalmente.

Muy bien, también apuesto por eso. Pero ¿Cómo vamos a hacer para que la gente sepa todo eso?

Garantízanos la libertad de prensa y un cuerpo de reporteros independientes, temerarios e investigativos que, dado el grito, estamos seguros de que la gente se enterará.

Si, suponiendo que la gente ¡pueda leer!

Pero resulta ser que la lectura es uno de esos temas elitistas de los que he estado hablando, y el público estadounidense, en general, en su desconfianza de los expertos y en su desprecio por los “pedantes profesores intelectuales”, ni lee ni puede leer.

Sin duda, el estadounidense promedio puede hacer su firma de manera más o menos legible, y puede distinguir los titulares de los deportes, pero ¿cuántos estadounidenses no elitistas pueden, sin excesiva dificultad, leer hasta mil palabras consecutivas de letra pequeña, algunas de ellas hasta de tres sílabas?

Aún más, la situación está empeorando. Los puntajes de lectura en las escuelas disminuyen constantemente. Las señales de la carretera, que solían representar lecciones elementales de mala lectura (“Go Slo”, “Xroad”) están siendo reemplazadas constantemente por pequeñas imágenes para que sean internacionalmente legibles y, por cierto, para ayudar a aquellos que saben cómo conducir un auto, pero como no son “pedantes profesores intelectuales”, no pueden leer.

Igualmente, en los comerciales de televisión, hay frecuentes mensajes impresos. Bueno, mantén tus ojos en ellos y descubrirás que ningún anunciante cree que alguien, salvo un elitista ocasional, pueda leer esa impresión. Para garantizar que alguien más que esta minoría de mandarines recibe el mensaje, cada palabra es pronunciada en voz alta por el anunciante.

Honesto esfuerzo: si las cosas son así, ¿cómo han obtenido el derecho de saber los estadounidenses? Hay que conceder que hay ciertas publicaciones que hacen un esfuerzo honesto para decirle al público lo que deben saber, pero hay que preguntar cuántas personas realmente las han leído.

Hay 200 millones de estadounidenses que han ido a las aulas en algún momento de sus vidas y que admitirán que saben leer (siempre que usted prometa no usar sus nombres y evite avergonzarlos ante sus vecinos), pero los diarios más decentes creen que les está yendo sorprendentemente bien si tienen circulaciones de medio millón. Podría ser que solo el 1% (o menos) de los estadounidenses hacen un esfuerzo por ejercer su derecho a saber. Y si intentan hacer algo sobre esa base, es muy probable que sean acusados de ser elitistas.

Sostengo que el eslogan “Estados Unidos tiene el derecho a saber” carece de sentido cuando tenemos una población ignorante, y que la función de una prensa libre es prácticamente nula cuando casi nadie puede leer.

¿Qué podemos hacer al respecto?

Podríamos comenzar preguntándonos si la ignorancia es tan maravillosa después de todo, y si tiene sentido denunciar el “elitismo”.

Creo que todo ser humano con un cerebro físicamente normal puede aprender mucho y puede ser sorprendentemente intelectual. Creo que lo que realmente necesitamos es aprobación social del aprendizaje y recompensas sociales para el aprendizaje.

Todos podemos ser miembros de la élite intelectual y entonces, y solo entonces, una frase como

“Estados Unidos tiene el derecho a saber” y, de hecho, cualquier concepto verdadero de democracia, tendrá algún significado.

Isaac Asimov, profesor de bioquímica en la Escuela de Medicina de la Universidad de Boston, es autor de 212 libros, la mayoría de ellos en diversos temas científicos para el público en general.

¿VIVIMOS EN UNA ERA ANTI-INTELLECTUAL?

Isaac Asimov escribió en 1980 el artículo: “A cult of ignorance” en donde denunció el clima anti-intelectual en USA a inicios de esa década...



Para Asimov, el anti-intelectualismo es la propuesta de que:

“mi ignorancia vale tanto como tu saber”...



Este principio busca convencer a la gente de que **los problemas colectivos son fáciles de resolver**, pero que expertos, periodistas y académicos “los complican”, o que tiene intereses en ellos...

“No confíes en los expertos”

sería el lema anti-intelectual por antonomasia...



¿Te suena?



Asimov propone la cultura como antídoto: “debe ser una actividad respaldada y abrazada por la sociedad”...



A CULT OF IGNORANCE

ISAAC ASIMOV/MY TURN

It's hard to quarrel with that ancient justification of the free press: "America's right to know." It seems almost cruel to ask, ingenuously, "America's right to know what, please? Science? Mathematics? Economics? Foreign languages?"

None of those things, of course. In fact, one might well suppose that the popular feeling is that Americans are a lot better off without any of that tripe.

There is a cult of ignorance in the United States, and there always has been. The strain of anti-intellectualism has been a constant thread winding its way through our political and cultural life, nurtured by the false notion that democracy means that "my ignorance is just as good as your knowledge."

Politicians have routinely striven to speak the language of Shakespeare and Milton as ungrammatically as possible in order to avoid offending their audiences by appearing to have gone to school. Thus, Adlai Stevenson, who incautiously allowed intelligence and learning and wit to peep out of his speeches, found the American people flocking to a Presidential candidate who invented a version of the English language that was all his own and that has been the despair of satirists ever since.

George Wallace, in his speeches, had, as one of his prime targets, the "pointy-headed professor," and with what a roar of approval that phrase was always greeted by his pointy-headed audience.

BUZZWORDS: Now we have a new slogan on the part of the obscurantists: "Don't trust the experts!" Ten years ago, it was "Don't trust anyone over 30." But the shouters of that slogan found that the inevitable alchemy of the calendar converted them to the untrustworthiness of the over-30, and, apparently, they determined never to make that mistake again. "Don't trust the experts!" is absolutely safe. Nothing, neither the passing of time nor exposure to information, will convert these shouters to experts in any subject that might conceivably be useful.

We have a new buzzword, too, for anyone who admires competence, knowledge, learning and skill, and who wishes to spread it around. People like that are called "elitists." That's the funniest buzzword ever

invented because people who are not members of the intellectual elite don't know what an "elitist" is, or how to pronounce the word. As soon as someone shouts "elitist" it becomes clear that he or she is a closet elitist who is feeling guilty about having gone to school.

All right, then, forget my ingenuous question. America's right to know does not include knowledge of elitist subjects. America's right to know involves something we might express vaguely as "what's going on." America has the right to know "what's going on" in the courts, in Congress, in the White House, in industrial councils, in the regulatory agencies, in la-

'America's right to know' is a meaningless slogan when hardly anyone can read.

bor unions—in the seats of the mighty, generally.

Very good, I'm for that, too. But how are you going to let people know all that?

Grant us a free press, and a corps of independent and fearless investigative reporters, comes the cry, and we can be sure that the people will know.

Yes, *provided they can read!*

As it happens, reading is one of those elitist subjects I have been talking about, and the American public, by and large, in their distrust of experts and in their contempt for pointy-headed professors, can't read and don't read.

To be sure, the average American can sign his name more or less legibly, and can make out the sports headlines—but how many nonelitist Americans can, without undue difficulty, read as many as a thousand consecutive words of small print, some of which may be trisyllabic?

Moreover, the situation is growing worse. Reading scores in the schools decline steadily. The highway signs, which used to represent elementary misreading lessons ("Go Slo," "Xroad") are steadily being replaced by little pictures to make them internationally legible and incidentally to help those who know how to drive a

car but, not being pointy-headed professors, can't read.

Again, in television commercials, there are frequent printed messages. Well, keep your eyes on them and you'll find out that no advertiser ever believes that anyone but an occasional elitist can read that print. To ensure that more than this mandarin minority gets the message, every word of it is spoken out loud by the announcer.

HONEST EFFORT: If that is so, then how have Americans got the right to know? Grant that there are certain publications that make an honest effort to tell the public what they should know, but ask yourselves how many actually read them.

There are 200 million Americans who have inhabited schoolrooms at some time in their lives and who will admit that they know how to read (provided you promise not to use their names and shame them before their neighbors), but most decent periodicals believe they are doing amazingly well if they have circulations of half a million. It may be that only 1 per cent—or less—of Americans make a stab at exercising their right to know. And if they try to do anything on that basis they are quite likely to be accused of being elitists.

I contend that the slogan "America's right to know" is a meaningless one when we have an ignorant population, and that the function of a free press is virtually zero when hardly anyone can read.

What shall we do about it?

We might begin by asking ourselves whether ignorance is so wonderful after all, and whether it makes sense to denounce "elitism."

I believe that every human being with a physically normal brain can learn a great deal and can be surprisingly intellectual. I believe that what we badly need is social approval of learning and social rewards for learning.

We can *all* be members of the intellectual elite and then, and only then, will a phrase like "America's right to know" and, indeed, any true concept of democracy, have any meaning.

Asimov, a professor of biochemistry at Boston University School of Medicine, is the author of 212 books, most of them on various scientific subjects for the general public.